

VICENTE GARCIA DE DIEGO, *Lecciones de Lingüística Española*. (Conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid). Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, Editorial Gredos, 1951. 228 p.

A la magnífica biblioteca dirigida por Dámaso Alonso se ha sumado la compilación de las conferencias que dictó Vicente García de Diego en el Ateneo, bajo el título de *Lecciones de Lingüística Española*. Son siete ensayos los allí reunidos, en el primero de los cuales (*La afectividad en el lenguaje*), el autor, siguiendo a los lingüistas alemanes y franceses e inspirado en Bally, para quien el lenguaje como todo fenómeno vital está caracterizado por la presencia, "y a menudo la preponderancia, de elementos afectivos y volitivos" y "la inteligencia no tiene allí más que el papel de medio, aunque muy importante". (*El lenguaje y la vida*, Buenos Aires, 1947. Sumario, pág. 14), reafirma como base del lenguaje la efectividad.

Señala la angustiada lucha de los sentimientos por lograr expresión a través de un lenguaje que hasta hoy se ha tratado de conformar sólo intelectualmente, dado que el elemento afectivo es reducido y de difícil determinación y los elementos que dentro de este lenguaje intelectual "expresan afectos, no expresan sino generalmente ideas de afectos" ya que tienen una desesperante vaguedad.

Siempre siguiendo a Bally (ibid, p. 33), afirma la utilidad de la filosofía bergsoniana en los estudios lingüísticos que se hallaban maniatados dentro de la reducida *valórica* aristotélica, y así dice que "no hay palabra alguna que sea puramente ontológica y que no sea potencialmente axiológica". Reconoce seguir a Delacroix al concebir que "la afectividad interviene en la elección de las palabras y en la estructura de la frase"; pero también Bally (ibid), admitía tal preferencia a través de la "inteligencia vital que juega con la lógica sin esclavizársela" en uno de los momentos inconscientes. Es decir, no vale separar, nos parece, las facultades psíquicas sino comprender cómo unas están influenciadas por otras, siendo todas importantes en la vida y el lenguaje. Planteó esta tesis Spitzer (*Formas gramaticales y psicológicas*) reconociendo realizar prácticamente las ideas vosslerianas (*Filosofía del Lenguaje*, B. Aires, 1947), al admitir "una estabilización de lo psicológico en lo verbal, y una ampliación de lo verbal en lo psicológico" (*Introd. a la Estilística Romance*, B. Aires, 1942, p. 92). También Saussure, al expresar que el mecanismo de la lengua, "no es más que una corrección parcial" racional "de un sistema naturalmente caótico", y debía ser estudiado desde el punto de vista "impuesto por la naturaleza de la lengua misma" (*Curso de Ling. General*, B. Aires, 1945, cap. VI, p. 221).

Como elementos de expresiones de la afectividad presenta García de Diego la entonación y la modulación, con sus alargamientos y mayor o menor intensidad, manteniéndose dentro de los límites de la situación del hablante; se refiere a la elisión y la repetición, y considera que la metáfora es consecuencia de un placer estético o de un temor al tabú, producto de la afectividad. Cree asimismo que en la hipérbole se hallaría el "fondo pasional de los pueblos" y que el vituperio nace de lo afectivo del lenguaje. Para él, el eufemismo reemplazante o deformativo, al igual que los apodos, son los determinantes principales de las nuevas acepciones, como también el interés diferenciador de las generaciones y hablas particulares. Por lo tanto, propone un estudio de la afectividad "como elemento operante en el lenguaje, en la formación y evolución léxica y fraseológica" y realizar una gramática histórica ejemplificada de la lengua afectiva. Sólo la afectividad dará interés y pondrá atención en lo que expresamos conceptualmente para no caer en palabras vacuas de significado. El locu-

tor deberá ser un máximo de elocución conceptual y afectiva. Sólo con tal énfasis se contagian los sentimientos.

Nos muestra luego la lucha entre la inteligencia decolorante de la afectividad en palabras de origen emotivo y ésta, que tiende a eliminar el contenido conceptual y cargar la palabra de sentimiento: como tipo del segundo caso ofrece el ejemplo de "pelón". Cuesta admitir "que vale más el hombre afectivo que el intelectual", se prefiere ser inteligente que es "más fácil que ser bueno", por lo que se ha relegado el valor afectivo en el lenguaje. Con un planteamiento afectivo del lenguaje, llegaremos a descubrir valores hasta hoy inadvertidos.

En *el simbolismo lingüístico* trata del simbolismo acústico, sea directo, valor sonoro de la voz, o indirecto, ideación del ser. Requeriría un método especial el estudio del simbolismo de cada idioma, que es más complejo que el del autor. Hay que precisar si se entiende por simbolismo una conformidad entre forma y significado, una clara armonía imitativa, repetición de una letra en las palabras, conformidad por la contextura física de la voz hallada por una especialísima acuidad sensitiva o técnica, o la sensualidad interior de una voz por su contextura física o por la sugestión de imágenes en nosotros. Señala que "lo que hay de sensibilidad o sentimientos añadidos a nuestra percepción intelectual es valor o simbolismo sensorial y afectivo de cada palabra". Nuestras palabras no obedecen, al formularse, a un principio simbolista, pero en nuestro espíritu hay un juicio ilusorio y variable que constituye una realidad psicológica. El simbolismo subjetivo se conecta con nuestras facultades que logran una sublimación de la realidad. Hasta en la mística se sienten a través de la sublimación los elementos sensoriales. Por lo tanto "el sentimiento emotivo no parte de la palabra oral sino de la palabra interior"; tal es el verdadero simbolismo, el de la suscitación mental del ser, que "ha escapado al análisis de los simbolistas". El simbolismo literal, primario o secundario, es de un valor sincrónico, como admite Hjelmslev, en oposición a Cejador y De Brosse, antes que diacrónico. La noción de su existencia se debe a que, al hablar, tenemos una representación articulatoria en nuestro lenguaje interior. Deben ser estudiados separadamente, delimitando sus propios atributos, cada uno de estos simbolismos.

Por ser fantasía, el simbolismo resulta para Vossler "principio anímico vital del lenguaje" (*Filos. del Leng.* p. 175). Para G. de D. no valen afirmaciones categóricas, ya que el simbolismo "es personal en el grado de su indeterminación". Cada cual debe dar *su* interpretación y no pretender dar *la* interpretación. "Si no hiciésemos al oír y al hablar esa recreación subjetiva, que es un primor de nuestra fantasía sobre la tosca urdimbre de la realidad", se perdería mucho de la música y del habla.

Como corrección de significado y además de forma estudia a la propiedad lingüística en su tercer ensayo (*La propiedad lingüística*). "Objetivamente no hay más que palabra de propiedad suficiente". Expone los criterios de corrección de Quintiliano, el Brocense, Nooren y Jespersen, y los divide en internos, "virtudes lingüísticas de las palabras", y externos, aquellos de las autoridades que se fundan en los internos. En los criterios de corrección habría privado un planteamiento lógico, aunque se haya tratado de constituir una "lógica vital".

Recuerda G. de D. las leyes contradictorias del lenguaje, citando como ejemplo la analogía fonética y funcional, y como hecho concreto, la formación *temiese*. Por lo tanto, los vagos criterios lingüísticos "aclaran muy poco el hecho concreto". Anotamos que para Vossler lo idiomáticamente correcto es lo lleno de significado, lo más individual y de composición universal, alejado de toda gramática lógica que desborda

la lengua viva, de toda psicológica que tiende a ser determinista y de la histórica que con su relativismo es anarquizante. (*Fil. del Leng. Gramát. e Hist. Ling.* p. 27 y ss.).

Cada palabra tiene una propiedad natural por cuanto que sin ser definitiva designa una cualidad del ser, y arbitraria, porque se endereza a sólo una cantidad pequeña de seres que tienen esa cualidad, o sea, es inespecífica. Rechaza, pues, la creencia de Wundt. Las palabras nacen con errores o los adquieren después en la evolución de su aplicación. Los técnicos coinciden en una visión pesimista sobre la impropiedad, pero ella es *una vida normal considerada como salud*.

El tipo de especificación de la sinécdoque cualitativa es "el ideal para la mente humana, que no recibe pasivamente los conceptos sino que los recrea". Nada humano hay que sea perfecto. Anotamos que para Bally (*El Leng. y la Vida*, p. 200) "la lengua no se puede explicar realmente más que por su estado actual"; G. de D. piensa que para defender la palabra el pueblo tiene razón al valorar su propiedad actual; a la palabra —dice— le basta con ser definición implícita de un ser. Este carácter imperfecto, al par que más sencillo y propio de la mente humana, resulta para el autor el "mayor acicate de su perfectibilidad". No es seguro el criterio de las altas clases sociales, porque suelen tender al extranjerismo. Unas veces, el criterio es dado por la pasión regional; otras, por las autoridades de la edad de oro; todos ellos son de relativa utilidad. Con Jespersen, añade el autor el uso común descartado cuando es precisamente eso lo que falta. Finalizado el litigio en cuanto a la propiedad, el que se impone en definitiva es "el derecho usual". Recordamos que Bally afirmaba que "en la buena sociedad el ridículo es una sanción más cruel que el látigo para el esclavo o que las orejas de burro para el escoliar". (*El leng. y la Vida*, p. 202). El autor proclama la lucha contra toda "expresión fuera de sitio, que impone la plebez o pedantería". Reafirma la necesidad de la autoridad académica que impida la disgregación del idioma, aunque le parece que debemos admitir que la corporación española muchas veces llega tarde en la aceptación de un vocablo.

En el cuarto ensayo, *Plagio y Originalidad*, frente al problema del plagio, examina cómo sacrifican unos el prestigio del autor, otros cohiben su crítica por la admiración y algunos critican con ánimo justo y equitativo. Oponiéndose a la división de la humanidad que pretende Brandes, considera rebeldía, sumisión e indiferencia tres estados vitales del individuo. "La originalidad puede ser un don o un afán". Hoy tenemos artistas egocentristas que sacrifican los valores del arte al resalte de su personalidad. Se inspira en Burckhardt y sus constantes al señalar el paso del realismo al simbolismo y espiritualismo.

A obsesión originalista reduce el impresionismo por "contradictorio". Opuesto a la concepción que tiene del impresionismo Bally, afirma que el "sintetismo es eterno y el impresionismo temporal"; quizás sobrecolocándonos en un terreno estrictamente lingüístico "sintetismo", que bien puede ser o no eterno en lógica. Pudiera ser que, como el autor dice el impresionismo sea frenesí, ¿pero qué diríamos del barroco, de igual constante "burckhardiana"? El inculto, asimismo el niño en su primer lenguaje y dibujo, y el arte pastoril, son profundamente originales. Cree que a veces sólo por un capricho de comodidad se llega a una originalidad exagerada, posición extrema que más se adopta, creo, para huir de una crítica incomprensiva y por lo tanto inaceptable. La rebeldía juvenil "será fecunda si se sabe esperar a que esté en sazón, si se sabe abrigoarla como fermento vivo", nunca debe estar al servicio del "innovador de turno". Frente a la originalidad sin raíces de la ignorancia, está la originalidad fecunda de la captación que, "superando la tradición, le servirá de molde", de pábulo para su descontento y afán de renovación. La palabra ya hecha que nos

viene por tradición guarda una secreta fuente de posibilidades para nuestra recreación. Frente a ello, no hay desdoro en aprovecharla y darle nuevas formas, que en eso consiste la originalidad, ya que "la mejora es el título moral de propiedad". Plagio y originalidad, consideradas como sello de la personalidad sobre la tradición, no son incompatibles. Coincide entonces, con la tesis de Vossler (*Fil. del Leng.* p. 224 y ss.) en la relación arcaísmo y permutación, en que cada permutación funda una insegura categoría psicológica, siendo individual, y cada arcaísmo constituye una categoría gramatical, de vigencia social. El autor afirma con Jespersen la pugna entre individuo y lengua social, o como Vossler diría, la incapacidad de la lengua frente a las necesidades individuales (*Ibid.* p. 158 y ss.). Sin embargo, se debe agradecer el ahorro de esfuerzo que significan los formulismos sociales, para poder elaborar sobre ellos la obra personal que plasme "lo que el pueblo sentía turbiamente en su conciencia".

Continúa con *La palabra, fantasma del lenguaje* y la llama así en cuanto "realidad incierta y esfumada, sólo delimitada por la apreciación subjetiva". Señala los conceptos que de ella se han tenido como unidad gráfica, fónica, objetiva, sonidos que expresan una idea, sílabas que expresan una idea, o la idea con la que se representa la realidad; para él es un tríptico fónico-ideal-objetivo, no sólo una idea, sino un juicio de carácter afectivo. Luego de criticar las definiciones de Lenz, Saussure, Wundt, Stenzel, Husserl, Bühler y Meillet, que vieron "en la palabra un valor inestable y por lo tanto apreciativo y acordable", sostiene que han fracasado por tratar de hallar una definición absoluta, mientras que se requiere otra, mixta, de un valor absoluto a la vez que "específico convencional y particular". La palabra es por fin, para G. de D. la "porción elocutiva, significativa y emocional en que un idioma destaca la unidad fónica y otro la ideal, aún sobre la pluralidad de sus componentes". La definición parece reconocer cierta deuda a Meillet. (*Ling. Hist.* Paris, 1921. p. 30). Los diccionarios son a veces contradictorios y el índice de incertidumbre en el uso es el guión. Pero la palabra, dice, "es menos de lo que pensamos y es más de lo que creemos". Vossler la consideraba como "miembro separado por un destroz anatómico", mientras Bühler, cree que palabra y frase son "dos momentos de una misma cosa". Las lenguas comenzaron por palabras con valor de frase, y la palabra tiene una sola acepción y no es un puro valor de ella "sino acepción recibida del contexto o polarizada por él". Estamos con Casares y su concepción del Sintagma y el núcleo de significaciones de la palabra aislada (*Introd. a la Lexicografía*, Madrid, 1950, p. 52 y ss.).

Para el autor, cada palabra se compenetra de una emoción del hablante no expresada por el diccionario y la palabra es un recorte de nuestra inventiva. Estudia la palabra fónica y su aceptación en las características peculiares de cada lengua. La conciencia de la palabra fónica es más débil y remota que la silábica, que se reconoce por instinto. Cuando afirma que las lenguas americanas fueron transcritas por unidades fónicas nos recuerda la tesis de Bally sobre el viajero lingüista que al escuchar el francés la tomaría por lengua aglutinante (*El leng. y la vida*, p. 36). Como ejemplo de la ambigüedad de la división de las palabras considerándolas unidad ideal pone *insufrible*, en la que afirma tres elementos y tres ideas y una palabra morfológica. Nosotros, dice, separamos las palabras por una educación gramatical arbitraria. Considera que es mejor un sistema de palabras sueltas e intercambiables como en el español; en cambio, "el compuesto es el gran recurso para el estrato técnico del idioma". Una inteligencia ágil jugará mejor en el primer sistema y una filosófica y reposada en el segundo, como dentro de las lenguas griega y alemana.

En un sexto ensayo, *La imprecisión, sino fatal del lenguaje*, partiendo de la tesis de Bally que tiene como fin único del lenguaje la comunicación, advierte que éste no es sino comunicarnos bien, clara y bellamente, lográndolo con duro aprendizaje. "Tenemos que operar en el lenguaje por parecidos y por aproximación, y el parecido nos lleva fácilmente a la falsedad". Expresa que en el terreno de la recreación la vacilación es esencial, atraído por las cosas parecidas, la llama "vacilación misma en uso". El empeño gramatical no logra delimitar la lengua viva, pero impide caer en el anarquismo.

Combate la idea del sincronismo sosteniendo que no hay tal estado de "quietud" ya que cada instante es de progreso. También se opone a las distinciones rígidas de lengua culta, vulgar, etc., porque cada sector se atrae las voces que le interesan y así van mezclándose. Las normas vacilan, como el hablante en la elección de formas y en el orden de ellas, vacila el oyente en su percepción y la evolución del lenguaje se aprovecha de los momentos en que se debilita la atención.

Dentro del lenguaje hay un confusionismo fonético, "el lenguaje entero evoluciona fonéticamente por supuesta equivalencia fonética, como evoluciona semánticamente por supuesta equivalencia mental, esto es, por atracción del fonema preponderante". Considera la analogía fonética tan anormal como la fonética normal. La asimilación es estudiada como acción normal, cuando es ella la que preside la mayor parte de los hechos llamados de fonética normal. Existe también un confusionismo morfológico; las palabras vacilan en su evolución morfológica, "sobre todo por atracción de otras palabras semánticamente afines". La etimología popular se da en un vastísimo campo y también se da el contagio formal en las palabras ligadas por el vínculo funcional; otras veces traen las confusiones una hibridación semántica. Asimismo anota el confusionismo sintáctico.

Trata en seguida de la ineptitud de la definición con la cual no hay cómo deslindar perfectamente las fronteras. Tiene razón el autor: lo lógicamente divisible no puede ser realmente divisible. Observa que la locución *y otros*, que sigue a algunas definiciones en los diccionarios, da a entender la negación del deslinde definitorio. Ve la ineficacia de las definiciones tautológicas, la inexactitud de las descriptivas y las sinonimicas. Casares, anotamos, ya había planteado y analizado este problema. (*Introducción a la Lexicografía*, p. 158 y ss.).

En el último ensayo, *Opulencia y miseria del lenguaje*, señala que el individuo tiene en usufructo una reducida parte de la lengua, cuya riqueza o pobreza debe estudiarse, no sólo numerariamente sino en cuanto a la "habilidad administrativa" de aquél. No hay mejor sistema que el acumulativo de acepciones, por ser el más práctico y adaptable, y uno de los motivos de la riqueza es el interés objetivo, que comienza por crear nombres de vasta aplicación y sin diferenciar los sexos, y llega a denominar hasta los estados del ser. Mide la riqueza fonética de un idioma por el grado de perceptibilidad de sus signos. La riqueza de las lenguas románicas es superior a la latina por poseer aquéllas las preposiciones, que alcanzan mayor expresión de matices. Para apreciar la riqueza léxica debe atenderse a la mayor representación de ideas.

Sin embargo, el pensamiento excede al lenguaje, que es insuficiente con todas sus riquezas para expresar nuestra mención. Es dramática la lucha del poeta y el místico, que tratan de plasmar lo inexpressable. El alma del pensador que tal pretende es "agónica", como pensaba Fidelino de Figueiredo. El lenguaje es modelo de lucha sin esperanza de triunfo definitivo. Señala como "característica trascendental del

lenguaje humano la propensión a simplificar toda variedad formal que no responda a una variedad significativa": de ahí que los sinónimos luchen por la supervivencia.

En el lenguaje hay una economía atencional ("las lenguas operan en un doble juego de la atención laxa y vigilante"), y casi todos nuestros juicios subjetivos los aventuramos como objetivos. También hay una economía fonética. La economía fonética hace rebajar los puntos de articulación y la ortografía obliga a la escritura cursiva y a la abreviatura. Hay una economía morfológica manifestada en la reducción de formas de la conjugación latina en la lengua española, y otra léxica, que emplea palabras polisémicas y que economiza las denominaciones de los estados del ser si no existe interés discriminativo. La economía sintáctica en el lenguaje axiológico abrevia la frase intelectual recargándola de expresividad; la elipsis no sería omisión sino forma primaria del lenguaje cuando la palabra tenía valor de frase; el asindeton tampoco sería supresión de conjunciones porque primigeniamente la frase fué yuxtapuesta.

Pretendiendo una visión amplia del problema, que es un acto vital, filosóficamente expresa: "El lenguaje, con recursos suficientes para todos, en manos de unos será riqueza dormida y en manos de otros será un tesoro multiplicado". Depende de que lo use un individuo mediocre o genial.

En resumen, una obra de bastante sentido didáctico donde, por tratarse de observaciones hechas directamente sobre fenómenos de la lengua y palabra españolas, sentimos más cerca su benéfico influjo.

Armando Zubizarreta Gabaldoni.

FILOLOGIA. Buenos Aires. Año III. Núms. 1-2.

RAMON MENENDEZ PIDAL, *Murcia y Mortera. Dos topónimos hidrográficos*. p. 1-5.—La etimología de *Murcia* ha motivado numerosas (erradas) interpretaciones. Cascales, en 1621, identifica a *Murcia* con la antigua *Murgis*. M. Casisi y Amador de los Ríos la relacionan con el árabe *murci* (puente). Cortés López en 1836, dá como cierta la derivación del árabe *Murus-Tader* (*murus* por el muro de contención que dice construyeron los cartagineses, y *Tader* que era el antiguo nombre del río Segura) a *Mur-Tad* y luego "suavizándose", *Murcia*. La ciudad de Murcia es posterior a los cartagineses (fué fundada por Abderrahman II, en 831): es una ciudad musulmana nueva, y, por lo tanto, natural es que tenga nombre árabe. Miguel Asin en su *Contribución a la toponimia árabe de España*, 1940, interpreta como forma participial árabe *mursiya*, significando "hija, afincada, firme". En apoyo de esta interpretación figuran dos nombres de pueblos: *Aiguaviva*, nombre que se contrapone al de *Aiguamurcia*. *Aiguamurcia* significa agua perezosa, quieta, detenida. Pero derivándose de 'agua murcida', su etimología proviene del latín, y tendríamos otro caso (Badajoz es el primero) de denominación a base de un nombre antiguo pre-existente. *Mortera* es un derivado femenino de *Mortagua*. Este se deriva (en Italia) de *acqua morta*, una *morta d'akua*, topónimos lombardos.

DANIEL DEVOTO. *Sobre paremiología musical porteña*. p. 6-83.—Paremiología está empleada aquí en su acepción más vasta, y considera el uso traslaticio de vocablos, frases y refranes que parten de la música o arriban a ella. Es decir, es un estudio sobre los bailes e instrumentos en el habla bonaerense.